

La cultura del Patriarca Juan de Ribera a través de su biblioteca

The Culture of the Patriarch Juan de Ribera through his Library

Miguel Navarro Sorní

Facultad de Teología San Vicente Ferrer de Valencia

Fecha de recepción: 14/08/2013

Fecha de aceptación: 19/10/2013

Don Juan Enríquez de Ribera y de los Pinelos, más conocido como san Juan de Ribera, es uno de los personajes más complejos y poliédricos del Barroco español.¹ A pesar de su alto linaje, pues era hijo de un grande de España y estaba emparentado con la más alta nobleza hispánica, no se sintió atraído por las armas sino por la piedad y las letras. Fue un hombre de espíritu humanista, realmente universitario, interesado por todas las parcelas del saber, en especial por los estudios bíblicos, que hizo gala de una sensibilidad estética tan exquisita que le llevó a convertirse en un generoso y espléndido mecenas de las artes, cuyo influjo se dejó sentir ampliamente sobre el arte sacro en tierras valencianas. Al tiempo que gran jerarca eclesiástico y pastor celoso, comprometido en la línea

¹ Juan de Ribera nació en Sevilla a finales del mes de diciembre del año 1532; estudió Derecho y Teología en la universidad de Salamanca, donde se doctoró en esta última materia. En 1562 fue nombrado obispo de Badajoz y seis años después fue trasladado a la sede arzobispal de Valencia, al frente de la cual permaneció hasta su muerte en enero de 1611. Para acercarse al personaje continúa siendo básica la obra de Ramón ROBRES LLUCH, *San Juan de Ribera, Patriarca de Antioquía, arzobispo y virrey de Valencia*, Barcelona 1960; reeditada con el título: *San Juan de Ribera, Patriarca de Antioquía, Arzobispo, Virrey y Capitán General de Valencia 1532-1611. Humanismo y eclosión mística*, Valencia 2002. Una breve biografía del prelado: M. NAVARRO SORNÍ, «Juan de Ribera, San», en *Diccionario Biográfico Español*, XXVIII, Madrid, Real Academia de la Historia, 2012, 301-303; también: E. CALLADO ESTELA, «Entre el báculo y la espada. El arzobispo de Valencia don Juan de Ribera», en *Domus Speciosa. 400 años del Colegio del Patriarca*, Valencia 2005, 39-60.

de reforma eclesial impulsada por el concilio de Trento, admirado por papas —que le honraron concediéndole el título de Patriarca de Antioquía—, santos y reyes, fue también una persona profundamente espiritual (de hecho acabó siendo inscrito en el número de los santos), amén de un fino político, avezado en los asuntos de gobierno y en los tratos cortesanos, llegó a ser virrey y capitán general del reino de Valencia, e intervino con peso en la gran cuestión de estado que abrumó a la España de aquel momento: el problema morisco. Como vemos, un personaje con muchas facetas.

De esta compleja personalidad suya se ha estudiado con esmero y abundancia los aspectos relativos a su santidad, lo concerniente a su intensa labor pastoral reformadora, así como sus difíciles relaciones con la universidad de Valencia; también su espiritualidad, y, sobre todo, su mecenazgo artístico y su intervención en la expulsión de los moriscos. Pero el estudio de su vida intelectual, de su cultura, ha quedado siempre en la sombra, postergado ante la magnitud e importancia de otros aspectos de su personalidad. Y, sin embargo, Juan de Ribera fue un hombre de una amplia y selecta cultura, como se percibe al contemplar su biblioteca personal, que por fortuna conservamos prácticamente completa en el Real Colegio Seminario de Corpus Christi de Valencia, que él fundó.² Desde ella intentaremos aproximarnos, aunque sea superficialmente, al estudio de la cultura del Patriarca Juan de Ribera, a la espera de poder hacerlo con mayor profundidad en el futuro.

La formación de la biblioteca

El 6 de enero de 1611 Juan de Ribera espiraba en Valencia, en sus aposentos del Real Colegio Seminario de Corpus Christi. Ese mismo día los colegiales perpetuos puestos por él al frente de esta fundación suya —a la que el finado había nombrado heredera universal de sus bienes— ordenaron realizar un minucioso inventario de los bienes y pertenencias del difunto, entre los que

² No hemos podido comprobar exactamente la cantidad de libros que el prelado poseía y que no se encuentran actualmente en su biblioteca, a lo largo del trabajo damos noticia de algunos de ellos. En lo que se refiere a las biblias o libros de ésta, hemos comprobado que de las setenta y siete que poseía, sólo se conservan cincuenta y cinco. Cf. M. NAVARRO SORNÍ, *Las Biblias de san Juan de Ribera. Estudio introductorio a la edición facsímil de la Biblia publicada en 1540 en París bajo los cuidados de Robert Estienne*, Valencia, Ajuntament de València, 2010, 29-34.

se encontraban numerosos libros,³ que se concluyó el último día del mismo mes.

Por dicha relación sabemos que el Patriarca tenía sus libros dispersos en las distintas casas donde solía habitar, concretamente en sus estancias del Colegio, en el palacio arzobispal de Valencia, en la finca de recreo que poseía en el camino de Alboraya y en la casa-castillo de Burjassot. Ello se debía en parte, y es lo primero que sorprende al leer el inventario, a la gran cantidad de libros que había llegado a reunir el prelado: nada menos que mil novecientos noventa.⁴ No era fácil disponer de una sala lo suficientemente amplia para contener tal volumen de publicaciones, un número excepcional por aquel entonces, en que las bibliotecas particulares solían ser de dimensiones modestas, pues, como han mostrado los estudios de Máxime Chevalier, en la España de los siglos XVI y XVII eran más bien raras las que superaban los quinientos volúmenes.⁵ La biblioteca de san Juan de Ribera era,

³ El inventario original se halla en el Archivo del Colegio de Corpus Christi [en adelante ACC], Arm. 1, est. 7, leg. 1, n.º 11. La relación de los libros contenidos en dicho inventario ha sido publicado por Vicente CÁRCEL ORTÍ, «Inventario de las bibliotecas de san Juan de Ribera, en 1611», en *Analecta Sacra Tarraconensia* XXXIX (1968) 319-379. En las Constituciones del Colegio, el prelado fundador encomendaba la cura de la biblioteca al prefecto de estudios, ordenando que sólo él y el rector tuviesen llave de la misma; y le encargaba «que tenga gran cuidado de tener limpios y bien a condicionados todos los libros, y de avisar al rector de los que será bien ir comprando, para que se vaya proveyendo la librería de libros curiosos y nuevos que vinieren». Y prescribía con rigor que únicamente pudiera accederse a ella con «orden expresa» del rector, prohibiendo tajantemente que «se saque libro alguno de la dicha librería». *Constituciones del Colegio y Seminario de Corpus Christi*, Valencia 1896, cap. XXXIX, § 8, págs. 87-88.

⁴ En realidad el número de libros era mayor, pues mil novecientos son los volúmenes que poseía el Patriarca, algunos de los cuales encierran varios libros encuadernados en un solo tomo.

⁵ M. CHEVALIER, *Lectura y lectores en la España de los siglos XVI-XVII*, Madrid 1976, 31-32. En la España del momento eran muy pocas las bibliotecas privadas que superaban a la de Ribera: la del conde duque de Olivares, reconocido bibliófilo, quien poseía una de las más famosas colecciones de libros de su época, formada por dos mil setecientos impresos y unos mil cuatrocientos manuscritos; y, ya bien entrado el siglo XVII, la del inquisidor general Diego de Arce y Reinoso, obispo de Plasencia y consejero de Estado, que llegó a reunir tres mil ochocientos ochenta libros. La biblioteca del Almirante de Aragón y obispo de Sigüenza, don Francisco de Mendoza, formada por la suya propia y la que heredó de su hermano el bailío de Lora don Pedro González de Mendoza, comprendía solo 685 títulos.

pues, un caso excepcional, una gran librería que reflejaba su interés por la cultura.

Ribera comenzó a formar su biblioteca durante los años que residió en Salamanca (1544-1562), primero como estudiante y después como profesor. Entregado con ahínco al estudio, el joven Ribera no se contentará con tener los libros de texto necesarios para sus estudios, sino que se aplicará a la búsqueda de buenos libros, con cuya lectura formarse tanto humana como espiritualmente, y gastará en adquirirlos grandes cantidades de dinero. Así, nos consta que compró un ejemplar manuscrito de los *Comentarios* de Francisco de Vitoria a la primera parte de la *Suma* de santo Tomás, y otro con diversas reelecciones del mismo Vitoria y de Domingo de Soto, de quien era alumno. Allí se hará también con un buen número de Biblias, entre las que destaca la impresa por Robert Estienne en París, el año 1540, de la cual adquirió dos ejemplares. A esa época estudiantil pertenece también la edición completa de las obras de Erasmo, salida de las prensas de Froeben, en Basilea, el año 1540. Del mismo autor adquiere el *Novum Testamentum*, en la edición de 1541. También compra para su formación buenas obras de teología, como la *Summa Summarum*, de Silvestre Prierias; así como el *De iustitia et jure*, de fray Domingo de Soto, estampado en la misma Salamanca, que estudió y subrayó. Entre sus libros hallamos también un tratado clásico sobre la reforma de la Iglesia, obra de Álvaro Pelayo, *De planctu Ecclesiae*, en la bella edición veneciana de 1560. La polémica antiluterana está representada por las *Assertio-nis lutheranae confutatio* de san Juan Fisher, impresas en Amberes en 1537, y otras obras de teología de controversia. No es posible establecer el número exacto de libros que Ribera adquirió durante su estancia en Salamanca, pero sin duda fue elevado. Si tenemos en cuenta los libros que actualmente se encuentran en su biblioteca, y que llevan en la primera página su firma juvenil —*Don Juan de Ribera*— calculamos que fueron aproximadamente una tercera parte de los que actualmente figuran en la misma.

Con ellos formó la base de su biblioteca, que irá incrementando con las numerosas adquisiciones que realizará posteriormente, pues su interés por los libros no cesó al concluir la etapa estudiantil, al contrario, después de ser nombrado obispo de Badajoz (en 1562) continuará adquiriendo libros —sobre todo aquellos relacionados con los estudios sagrados y en especial bíblicos, la piedad y los que atañían a su ministerio episcopal— y dedicando un buen

tiempo a la lectura, como atestigua su primer biógrafo, el jesuita Francisco Escrivá, cuando escribe que «estudiaba y meditaba y trabajaba todas las horas que podía, sin faltar a las obligaciones de su oficio [episcopal]; para esto madrugaba y se levantaba tan de mañana, siendo tan viejo, y le duró hasta la muerte, como a otro San Ambrosio, o San Agustín».⁶

Por desgracia no se conservan los recibos de todos los libros comprados por el Patriarca. En el archivo de su Colegio de Corpus Christi encontramos tan sólo pocas anotaciones relativas a pagos por la compra y encuadernación de libros,⁷ gracias a los cuales sabemos que no se contentaba con comprarlos para sí, sino que los adquiría también con abundancia para los hijos de nobles y caballeros que reunía en su palacio episcopal valentino, a fin de formarlos juntamente en la piedad y en las buenas letras, como se ve en una extensa y curiosa cuenta de librería que ha llegado hasta nosotros, donde, en simpático desorden, se anotan los nombres de los estudiantes, los títulos de los libros y el precio por el que fueron adquiridos. Gracias a esta nota conocemos el interés puesto por el Patriarca en la educación de estos jóvenes y cómo empleaba para ello las obras más destacadas y vanguardistas del momento, como eran las de Luis Vives.⁸

⁶ F. ESCRIVÁ, *Vida del Illustrissimo y Excellentissimo Señor don Juan de Ribera, Patriarca de Antiochia y Arçobispo de Valencia*, Valencia 1612, 144.

⁷ Así, por ejemplo, el 25 de diciembre de 1574 su administrador pagaba a un librero llamado Ribas una libra y dos sueldos «por encuadernar una Biblia de pliego en becerro», que muy probablemente sea la edición de la Vulgata impresa el año anterior en París por Sebastián Nivellio y que el prelado se había apresurado a adquirir. El 20 de octubre de 1600 su agente Gabriel Hernández compró para el Patriarca el diccionario griego de Suidas, incunable de la edición príncipe de Galcóndilas, hecha en Milán el año 1499, por el precio de 18 reales, y 7 más costó encuadernarlo. A 23 de julio de 1601, cuando el Patriarca tenía 77 años, se paga «a Marcelino Setino ciento setenta y siete reales por tres vocabularios griegos y el nono tomo de Baronio» (se refiere a sus *Annales Ecclesiastici*). El 16 de noviembre del mismo año compra al librero Gabriel Hernández «la segunda parte de *Las misiones del Japón*» y «dos tomos de las *Relacione[s] (sic)* de Vitoria», por 25 y 9 reales respectivamente. A 2 de diciembre de 1602 le compraba «un Maldonado *Sobre los Hevangelios*», que le costó 44 reales, y dos días después, por 31 reales, «un Suárez *De penitentia*». Y el 14 de junio de 1604 se dan al obispo don Miguel de Espinosa, primer rector del Colegio, 19 libras y 2 dineros «por dos gramáticas hebreas para el Patriarca mi señor». Tales anotaciones se encuentran en el ACC, Arm. I, est. 4, legajo sin numerar titulado: «Gastos y recibos varios», y en el Arm. I, est. 7, le. 4.

⁸ Véase la transcripción completa de la nota en ROBRES LLUCH, *San Juan de Ribera, Patriarca de Antioquia...* (cit.), 2002, 368-372.

A parte de las adquisiciones, sabemos que otros libros de su biblioteca llegaron a sus manos por obsequio de amigos, a quienes es muy probable que el mismo Patriarca los solicitara. El caso más destacado es el del famoso manuscrito *De tristitia Christi* de Tomás Moro, que lleva la siguiente anotación de mano de Ribera: «Este libro me envió el conde de Oropesa, diciéndome que era del señor don Fernando de Toledo, al qual se lo dio el padre fr. Pedro de Soto, confesor del emperador nuestro señor Carlos, diciendo que era de Thomás Moro y escrito de su mano». También la Biblia Políglota Complutense le llegó por vía de fray Esteban de Salazar, prior de la Cartuja de Jerez; y la pequeña Biblia impresa en París por Robert Estienne el año 1534, todavía conserva la firma de su amigo Pedro Vélez de Guevara.

De ese modo, por compra o por regalo, Juan de Ribera fue coleccionado una gran cantidad de libros.

El contenido de la biblioteca: la cultura del Patriarca Ribera

Ahora bien, si la biblioteca de Ribera resulta extraordinaria por la cantidad de libros, no lo es menos por la calidad de éstos. Una rápida ojeada al catálogo de los mismos nos permite conocer la talla intelectual del Patriarca, pues una biblioteca es el reflejo de su dueño, el espejo de su personalidad y de su talante cultural y espiritual; incluso, en cierta medida, una biblioteca es una declaración de intenciones, una concreción de los proyectos vitales de su creador. Vamos, pues, a analizar muy brevemente el contenido de la biblioteca del Patriarca, para que nos ayude a conocer el perfil intelectual del mismo.

LA BIBLIA Y LOS ESTUDIOS BÍBLICOS

Lo primero que comprobamos al estudiar la biblioteca de san Juan de Ribera es que la Sagrada Escritura y los estudios bíblicos ocupan un lugar privilegiado en ella. Es una característica que se quiso destacar al organizarla, haciendo que comenzara por las Biblias, a fin de sugerir que el resto de los libros allí reunidos constituye, en cierto modo, un complemento al estudio de la Sagrada Escritura. No podemos dar aquí noticia cumplida de todas y cada una de las obras de tema bíblico que hay en la biblioteca,⁹ baste

⁹ Un elenco de las obras bíblicas contenidas en la biblioteca de Ribera (aunque no completo), fue presentado por Ramón Robres Lluch en sendos estudios sobre el

saber que el Patriarca poseía cuarenta y dos Biblias completas, cinco ediciones del Antiguo Testamento, dieciocho del Nuevo Testamento, ocho de los Salmos, dos de las epístolas de san Pablo, un ejemplar de los Evangelios, otro del Pentateuco, otro del profeta Isaías en hebreo y otro del Apocalipsis, además de unas doscientas cincuenta obras dedicadas al estudio, comentario o explicación de los libros sagrados. En la actualidad son solo veintinueve las Biblias completas impresas que se conservan en su biblioteca, entre ellas una incunable, las Políglotas Complutense, Plantiniana o Regia (de Arias Montano) y la Commeliana (de F. Vatablo), así como las primeras ediciones vaticanas de la Vulgata y las del impresor parisino Robert Estienne.¹⁰ En formato manuscrito cabe destacar dos hermosas Biblias de finales del siglo XIV o inicios del XV, un Apocalipsis, con la glosa de Agustín de Ancona, un Nuevo Testamento y el Salterio en siríaco.

A la Sagrada Escritura debemos añadir los diversos comentarios, glosas, *catenae*, paráfrasis y exposiciones del texto sagrado, que suman en la actualidad cerca de trescientas obras, donde se encuentra la mejor parte de los estudios bíblicos de aquel momento. Además de los manuscritos y los impresos del siglo XVII, todavía no catalogados, donde se encuentran otras muchas obras de tema bíblico, entre ellas una *Introductio ad Sacras Litteras*, que se considera obra juvenil de Ribera. Por otra parte, los diccionarios y gramáticas, complemento y ayuda indispensable de los estudios bíblicos, son también abundantes: además del famoso *Lexicon biblicon* de Andreas Placus, poseía seis diccionarios griegos, cinco hebreos, dos latinos y uno siro-caldeo, amén de dos histórico-geográficos y el monumental diccionario de Ambrogio Calepino. También encontramos varias gramáticas de las

bibliismo del Patriarca: R. ROBRES LLUCH, «Biblia y ascética en San Juan de Ribera, escriturista postridentino», en *Teología Espiritual* V (1961) 35-62; ID., «Bibliismo en San Juan de Ribera. Dos comentarios inéditos al Cantar de los Cantares», en *Anthologica Annua* 22-23 (1975-1976) 105-203, especialmente las páginas 117-130; ID., «San Juan de Ribera. Expresión teológica y oratoria sagrada en el Siglo de Oro de la lengua de Castilla (1532-1611)», en *Anthologica Annua* 31 (1984) 45-208, especialmente las páginas 152-172. Véase también mi publicación «Manuscritos bíblicos en la Biblioteca de San Juan de Ribera», en *Vivir en la Iglesia. Homenaje al Prof. Juan Agulles*, Valencia 1999, 425-454.

¹⁰ En otro lugar he escrito sobre el interés que mostró el Patriarca por la edición de la Vulgata de este impresor parisino: M. NAVARRO SORNI, *Las Biblias de san Juan de Ribera. Estudio introductorio a la edición facsímil...* (cit.), en especial la pág. 18.

lenguas bíblicas: caldea, griega, latina y siríaca, así como dos hebreas actualmente desaparecidas.¹¹

En suma, podemos afirmar que se trata de la mejor colección privada de Biblias y de obras bíblicas de su época que existe en España, y que nos encontramos en la biblioteca de un buen conocedor de la Biblia, un exégeta, que está al corriente de los estudios más novedosos en este campo.

En efecto, una característica primordial de la biblioteca en lo que a los estudios bíblicos se refiere, es la amplitud no sólo numérica, sino también temática: allí se encuentran las obras más representativas de los estudios bíblicos patrísticos y medievales, de la corriente humanista y de la nueva teología positiva surgida de la reforma católica. Y no hay predilección por una parte de la Biblia o un tema determinado, sino que se abarcan todos: tenemos las obras de quienes se dedicaron a la introducción bíblica, de los que abordaron la incipiente crítica escriturística y, sobre todo, de los expositores, cuyos comentarios cubren el conjunto completo de los libros de la Biblia; sin dejar de lado a quienes se ocuparon de materias auxiliares, como la arqueología bíblica o las ciencias naturales aplicadas a la Escritura.¹²

Una segunda característica es que está al día de los estudios bíblicos del momento. Si numerosa es la concurrencia de autores extranjeros (como W. Allot, Jean de l'Arbre (Arboreus), Ralph Baynes, Thomas Beauxamis, Matthias Bredenbach, A. Broickwy de Koninckstein, Pierre Bulenger, Serafino A. Capponi, Ambrogio Catarino, Isidoro Clario, Paolo Comitoli, Claude T. d'Espence, Johann van der Driesche, Erasmo, F. Feuarent, Giovanni B. Folengo, Girolamo Fornario, Jean Gagne, Claude Guillaud, Philibert Haresche, Johann Hoffmeister, Kornelius Jansens, Jacques

¹¹ Por el inventario que se hizo a la muerte del Patriarca sabemos que tenía en su poder otras obras bíblicas que actualmente no se encuentran en la biblioteca, así, por ejemplo, un Nuevo Testamento con las interpretaciones de Orígenes, san Juan Crisóstomo y otros Santos Padres; un comentario de Arias Montano a los cuatro Evangelios, otro de J. Wild al Génesis, otro de J. De l'Arbre a las epístolas paulinas, un tomo del Tostado, el comentario de San Jerónimo al Apocalipsis, el *Monumenta humanae salutis*, de Arias Montano, el comentario al Génesis de fray Luis de Estella y otros libros más.

¹² Así, resulta curioso encontrar en la biblioteca del Patriarca la obra del médico Juan de Bustamante de la Cámara, *De animantibus Scripturae Sacrae*, la de Francisco Vallés de Covarrubias, *De iis quae scripta sunt physice in libris sacris*, o los *Antiquitatum Iudaicorum libri IX*, de Arias Montano.

Janson, Adrien Lamet, Lefèvre d'Étaples, Luigi Lippomani, Franz Lucas, Ascanio Martinengo, Marco Marulic, François Nansius, Sancte Pagnini, H. Paphius, F. Polygranus, A. Possevino, Gabriel Prateolo, J. Cinquarbres, F. Tittelmans, Giacomo Sadoletto, T. de Vio, J. Wild, Francesco Zefiro y Nicolaus Zegerius, entre otros), más significativa es la presencia casi completa de las obras de los biblistas españoles y lusitanos contemporáneos, que afrontaron los diversos campos de la ciencia exegética. Los más representados son Benito Arias Montano (con diez obras, además de la Biblia Regia), Pablo Palacios de Salazar (cuatro obras), Héctor Pinto (ocho obras) y Francisco de Ribera (cinco obras); pero encontramos también, sin pretender ser exhaustivos, a Francisco Ruíz, Pedro Antonio Beuter, Martín Martínez de Cantalapiedra, Lorenzo de Villavicencio, Pedro López de Montoya, Cosme Damián Hortolá, Francisco de Torres, Jerónimo de Azambuja (más conocido como Oleaster), Francisco Foreiro, el jesuita Juan Maldonado con su *Commentaria in quattuor evangelistas*, Alfonso Salmerón, fray Luis de León, Jerónimo de Prado, Juan Bautista Villalpando, Domingo de Soto, Benito Pereiro, Jerónimo Lloret, León de Castro, Diego de Zúñiga, Jerónimo Osorio, Miguel de Palacios, Gutierre de Trejo, Gonzalo de la Cerda, Pedro Martínez de Brea, Andrés Capilla, Juan Fernández, Alfonso Avendaño, Jerónimo de Guadalupe, Gaspar Grajal, Luis de Sotomayor, Pedro de Vega, Antonio de Guevara, Antonio Honcala, Juan de la Fuente, Gaspar de Melo, Jerónimo Nadal, Pedro Serrano, Diego de Estella, Alonso de Orozco, Lupercio de Huete, Juan de Pineda, Gaspar Sánchez, Juan de Bustamante de la Cámara, García Galarza, Francisco Vallés de Covarrubias y Cristobal de Santotís.

Una tercera característica de la biblioteca, en su vertiente bíblica, es el equilibrio. De lo conservado en ella se deduce que la atención del Patriarca recae sobre todos los libros de la Biblia. No obstante, en el Antiguo Testamento cabe notar una atención especial por el Génesis, el Cantar de los Cantares, Isaías y, sobre todo, el libro de los Salmos, del que reunió 20 comentarios. Por lo que respecta al Nuevo, prevalecen las obras sobre los cuatro Evangelios, los Hechos de los Apóstoles, las epístolas paulinas y petrinas y el Apocalipsis.

Dicho equilibrio se manifiesta también en la voluntad del Patriarca de reunir las obras fundamentales de la ciencia bíblica, desde los primeros siglos hasta sus días. Por lo que respecta a

los Santos Padres y a la época medieval, están las obras más representativas y principales. Destaca la presencia de los humanistas, superada por los exponentes de la escolástica renovada, coetáneos del santo, de todo tipo, sin atender a tendencias o escuelas. Así, por ejemplo, los escritos de Gaspar Grajal, de Martín Martínez y de fray Luis de León, se encuentran al lado de las obras de sus acusadores, fray Bartolomé de Medina y León de Castro; o los libros de Erasmo y de Isidoro Clario junto a los de Diego de Zúñiga y Ambrogio Catarino Politi. Ello dice mucho del carácter abierto, tolerante de san Juan de Ribera y del espíritu amplio, deseoso de saber, con que se acercaba al estudio de la Sagrada Escritura, leyendo el mayor número de autores posibles y teniendo en cuenta las opiniones más diversas, con tal de alcanzar el conocimiento más exhaustivo posible de la Palabra divina.

LOS SANTOS PADRES Y LOS CONCILIOS: EL INTERÉS POR LA TEOLOGÍA POSITIVA

Después de los expositores de la Biblia encontramos en la biblioteca una nutrida presencia de obras de los Santos Padres, tanto Latinos como Orientales, en sus lenguas originales. Como es sabido, el Humanismo renovó el interés por la literatura cristiana antigua, fomentando nuevas ediciones, más cuidadas y críticas, de los textos patrísticos, que san Juan de Ribera se esforzó por adquirir, en especial las cuidadas por Erasmo de Rotterdam; así como buscó también las mejores colecciones patrísticas del momento, como la monumental *Sacra bibliotheca Sanctorum Patrum* de Marguerin de la Bigne (París, 1589), la *Anthologia Sacra* de Jacques de Billy o la *Bibliotheca sancta* del dominico Sixto de Siena. De igual modo, procuró conseguir para su biblioteca el clásico *Diccionario* de Suidas de Constantinopla, monumento de erudición bizantina compuesto hacia el año 1000, que aporta importantes datos sobre gran número de obras patrísticas orientales, con el que logró hacerse en 1600.

El interés por los Santos Padres que muestra Ribera responde al espíritu de la escuela de Salamanca, en el que se formó, pues esta escuela asume las instancias críticas del Humanismo en lo relativo a la vuelta a las fuentes de la teología, la Sagrada Escritura y los Santos Padres, estudiados en sus textos originales, y recurre a las autoridades del pasado cristiano para fundamentar sus tesis, respondiendo de ese modo a las acusaciones protes-

tantes que culpaban al catolicismo de haberse apartado de las fuentes de la teología. Pero, además, Ribera tenía otro importante motivo para interesarse por los Santos Padres, pues la mayor parte de ellos eran excelentes y autorizados intérpretes de la palabra divina, que llevaban a cabo una admirable síntesis entre Biblia, teología, espiritualidad y pastoral que debía parecerle muy seductora, pues era el mismo programa que él pretendía realizar, como se percibe en sus sermones.

De igual modo, el Patriarca procuró que no faltaran en su biblioteca las primeras colecciones de los concilios antiguos, que comenzaron a publicarse por aquel entonces, como la *Summa Conciliorum* de Bartolomé Carranza, editada en 1551, que será uno de los primeros sumarios de textos conciliares al alcance de todos, así como la preparada por Francisco de Padilla; también se hará con la *Colección de Concilios Españoles* de García de Loaisa, impresa en 1593; no faltará el clásico tratado *De divinis, apostolicis atque ecclesiasticis traditionibus* del que fuera antecesor suyo en la sede valentina, Martín Pérez de Ayala, ni la famosa edición de textos conciliares publicada en 1606 por Severino Binius. Son también objeto de su atención las constituciones y cartas pontificias, de las que adquirirá diversas *Collectiones*.

LA TEOLOGÍA ESPECULATIVA, MORAL Y LITURGIA

Desde la sólida base de la Escritura y la Tradición más auténtica pasa el Patriarca a la teología especulativa o escolástica, que quiso estuviese representada en su biblioteca a través de las mejores obras de las distintas escuelas medievales, con un discreto predominio del tomismo renovado en Salamanca. En efecto, si alguna escuela despunta en la biblioteca de san Juan de Ribera es la de Salamanca, a través de sus más destacados representantes, como Francisco de Vitoria y otros que fueron profesores suyos: Domingo de Soto, Melchor Cano y Pedro de Soto. En menor medida se encuentran también los teólogos de la segunda época de esta escuela, cuando domina el tomismo y el aristotelismo más rígidos de Domingo Báñez, Bartolomé de Medina o Francisco Zumel. Pero es evidente que el Patriarca prefiere a los autores jesuitas que siguieron el espíritu más positivo, original y abierto de la primera escuela salmantina, cultivando la teología escolástica con un aliento bíblico-patristico y siempre en referencia al contexto cultural de la época, como el gran Francisco

Suárez, Francisco de Toledo, Luis de Molina, Gabriel Vázquez, Gregorio de Valencia, Juan Maldonado, Jerónimo Prado, Juan Bautista Villalpando, Leonardo Lessio, Jerónimo Nadal o Martín Antonio del Río, entre otros que hallamos en la biblioteca. Esta escuela jesuítica seguía el planteamiento más grato a Ribera de hacer la teología a través de una estrecha síntesis de exégesis, patrística, escolástica, espiritualidad, filosofía e historia, y esto explica el favor que dispensó a los jesuitas en Valencia en sus luchas con el Estudio General.

A través de la biblioteca de san Juan de Ribera se puede seguir el eco de las principales cuestiones teológicas del momento, como la polémica en torno a la gracia y la libertad humana entablada entre bañecianos y molinistas; las discusiones sobre el alcance de la autoridad papal tanto en el campo espiritual como en el temporal, que el concilio de Trento no había querido definir; así como la génesis de la teología moral como una disciplina propia dentro de la teología, que culminará con la aparición del primer tratado orgánico de moral, la *Theologiae moralis summa* del jesuita Enrique Enríquez, impresa en Salamanca en 1591, y las *Institutiones theologiae moralis* del también jesuita Juan Azor, que el Patriarca tendrá en gran consideración. En total adquirió treinta y tres obras de teología moral.

Sobre todo se refleja en la biblioteca el peso de la teología de controversia propia del momento, desde Eck, Cocleo y Clichtove, que habían preparado el terreno, hasta san Roberto Bellarmino, con sus *Disputationes de controversiis christianae fidei*, pasando por otros muchos teólogos controversistas, como Gonzalo Ponce de León, Silvestre de Ferrara, Thomas Netter, Johann Driedo de Turnhout, Albert Pigge, Pedro Canisio, Thomas Stapleton, Diego de Zúñiga y muchos más que están presentes en la biblioteca, incluido el mismísimo Enrique VIII de Inglaterra, con su *Assertio septem sacramentorum* contra Martín Lutero.

También la liturgia ocupa un puesto destacado, encerrando la biblioteca una buena cantidad de misales, breviarios, rituales y otros libros litúrgicos que superan las sesenta obras, entre los que destaca el incunable de Guillaume Durand, *Rationale divinatorum officiorum*, impreso en Roma por Georgius Laur en octubre del año 1477, o la edición complutense (1596) del *Missale romanum* restituido por decreto del concilio Tridentino y mandado editar por el papa san Pío V.

LAS OBRAS DE ESPIRITUALIDAD Y LOS SERMONARIOS

La literatura espiritual tiene un importante espacio entre los libros de Ribera, el más amplio después de la teología y los estudios bíblicos. No hemos de olvidar que en los últimos años del siglo XVI se produjo en España un gran desarrollo de la ascética y la mística, amalgamadas con diversas tendencias espirituales presentes desde inicios de siglo, al que no fue insensible Juan de Ribera. La cuestión merecería un estudio detenido, pero me limito a dar unas breves notas.

Constatamos la presencia de las obras clásicas de espiritualidad vigentes en aquel momento, como la *Vita Christi* del Cartujano, así como algunos exponentes de la mística renano-flamenca a través de las obras de Taulero, de Ruisbroquio y de Jean Mombaer, así como de la *devotio moderna* con Tomás de Kempis. Las vidas de santos son abundantes (algunos de ellos todavía por canonizar, como Ignacio de Loyola, Francisco de Borja, Carlos Borromeo, Juan de Ávila, Luis Bertrán, Teresa de Jesús o Gaspar Bono). Pero lo que realmente se aprecia en la biblioteca es el predominio de la corriente espiritual recogida o afectivo-contemplativa, que fue la espiritualidad primaria y fundamental del Siglo de Oro español, representada por Francisco de Osuna y otros franciscanos como Diego de Estella, el beato Nicolás Factor o Diego de Murillo; santo Tomás de Villanueva y otros autores espirituales agustinos, como el beato Alonso de Orozco, Cristóbal de Fonseca o fray Luis de León; el dominico Felipe de Meneses y su *Luz del alma cristiana*; los sacerdotes seculares Diego Pérez de Valdivia (*Camino y puerta para la oración, Aviso de gente recogida*); pero, sobre todo, fray Luis de Granada, al que le unía una profunda amistad, y del que poseía todas sus *Conciones*, la *Introducción del símbolo de la fe*, la *Guía de pecadores*, el *Libro de la oración y meditación*, el *Memorial de la vida cristiana* y el *Compendio de doctrina cristiana*, hasta un total de veinte títulos.¹³ Naturalmente, no falta el epistolario espiritual y las obras completas de Juan de Ávila.

¹³ La abundancia de libros del P. Granada en la biblioteca se debe, en primer lugar, a la especial relación que Juan de Ribera había tenido con el autor dominico, y, en segundo lugar, al gran valor teológico y espiritual que encontraba en sus obras, por lo que las reputaba especialmente útiles para la formación de sus seminaristas, como se percibe en las Constituciones del Colegio, cuando prescribía: «que todo el tiempo que estuvieren comiendo, a yantar y a cenar, se les lea [...] los libros del Padre Maestro Frai Luis de Granada, por la devoción que

Por otra parte, vemos también a través de la biblioteca cómo el Patriarca aprecia la espiritualidad difundida por los jesuitas, la cual tenía una orientación ascética y una finalidad eminentemente práctica, de cara a la actividad apostólica, pero donde se daba un gran lugar a la imaginación, y por tanto a las imágenes para excitar la devoción y la meditación contemplativa, como se percibe en los grabados que ilustran las *Meditaciones sobre los evangelios* del padre Jerónimo Nadal, o los *Icones operum misericordiae* de Giulio Roscio, que el Patriarca pudo contemplar a menudo. Francisco Arias, Pedro de Ribadeneira, Franz Coster, Gaspar Sánchez y Gabriel Vázquez son algunos de los autores espirituales jesuitas que encontramos en la biblioteca. En esta línea no podemos dejar de notar la presencia de las obras de santa Teresa de Jesús, con el *Camino de perfección* y la primera edición de las obras de la santa de Ávila, cuya espiritualidad, que llegaba a las cimas de la mística, sintonizaba con la de los jesuitas en cuanto era esencialmente «extrovertida», apoyada en las imágenes (bien fuesen naturales o sobrenaturales). De igual modo, cabe destacar la atención prestada a la actividad misionera, a través de libros que informaban sobre las misiones de los jesuitas y de otras órdenes religiosas en distintas zonas del mundo, como veremos en el apartado dedicado a la historia; un tema que debía interesar a Ribera de cara a la realización de uno de sus proyectos más queridos: la conversión de los moriscos.

En último lugar, debemos notar la abundancia de obras de oratoria sagrada que reunió, más de ochenta, algunas de ellas manuscritas, pues era materia a la que Ribera prestaba mucha atención, como lo atestiguan los volúmenes de sus sermones manuscritos (que se conservan en la biblioteca),¹⁴ y en la que quería que se ejercitasen sus colegas leyendo buenas prédicas, pues estaban destinados al servicio de la Palabra divina en las parroquias de la diócesis. Fray Luis de Granada ocupa un lugar desta-

siempre hemos tenido y tenemos a la doctrina de sus libros, y a la grande opinión de su virtud y santidad, y por la particular amistad y correspondencia que hubo entre él y mí». *Constituciones del Colegio y Seminario de Corpus Christi* (cit.), cap. XXIII, § 5, pág. 42.

¹⁴ Estos sermones han sido editados en seis volúmenes (el último en dos tomos): SAN JUAN DE RIBERA, *Sermones*, primera transcripción de los originales autógrafos, notas y estudio preliminar por el canónigo profesor Don Ramón Robres Lluch, Valencia 1987-2001.

cado en este campo, así como san Juan de Ávila, con un manuscrito de sermones del santo algunos de los cuales hasta hace poco inéditos. Entre los sermonarios manuscritos encontramos piezas oratorias de fray Pedro Puertocarrero, de Hernando de Toledo,¹⁵ de Agustín Saluzio y de otros anónimos.

LA HISTORIA CIVIL Y ECLESIASTICA Y LA HAGIOGRAFÍA

En lo que a la historia respecta, además de las obras clásicas de Tucídides, Suetonio, Dion Casio, Flavio Josefo, Platina, etc., o el famoso *Chronicon mundi* de Andreas Schedel, en la edición de Nüremberg de 1493, constatamos el interés del Patriarca por adquirir las obras más novedosas en este campo que se publicaron durante su vida. Así, aparte de la añosa obra de Antonio de Nebrija *De rebus Ferdinandí et Elisabet*, encontramos en la biblioteca a Ambrosio de Morales, con las ediciones complutenses de su *Crónica general de España*, y *Las antigüedades de las ciudades de España*, al P. Juan de Mariana, con su monumental *Historiae de rebus Hispaniae*, a Isidoro Vázquez con su obra sobre *La entrada que hizo en Portugal el rey Felipe II*, actualmente desaparecida; también los *Anales de la Corona de Aragón* y la *Historia del rey don Hernando el Católico* de Jerónimo Zurita, las obras de Jerónimo de Blancas y Tomás, amén de libros curiosos como *La historia eclesiástica de los reinos de Etiopía*, de fray Luis de Vera, u otros fantásticos, como las *Historias prodigiosas y maravillosas de diversos successos acaecidos en el mundo*, escritas en lengua francesa por Pedro Bouistau, Claudio Tesserant y Francisco Belleforest, traducidas en romance castellano por Andrea Pescioni.

Como es natural, dada su condición de arzobispo, virrey y capitán general de Valencia, también se interesó por la historia local valenciana, en especial por la figura del rey Conquistador, Jaime I, fundador del reino de Valencia; así mandó copiar para su biblioteca un manuscrito de la *Chrónica del rey don Jaime*, que se conservaba en el archivo del maestre racional de Valencia

¹⁵ Don Hernando o Fernando de Toledo, hermano del conde de Oropesa, fue compañero de estudios del joven Ribera en la universidad de Salamanca, y se contaba entre sus íntimos. En el primer folio vuelto de las guardas del manuscrito encontramos una anotación autógrafa de Juan de Ribera, en la que dice: «Estos sermones estimo yo en mucho, por ser del christianísimo don Hernando de Toledo, con quien tuve muy estrecha amistad».

(manuscrito actualmente desaparecido), adquirió la obra de Bernardino Gómez de Miedes, titulada *De vita et rebus gestis Iacobi I, regis Aragonum*, así como la primera edición de las *Décadas de Valencia* de Gaspar Escolano.

Las ciencias auxiliares de la historia, como la arqueología, también están presentes en la biblioteca, donde tenemos las *Antigüedades romanas* de Guillermo de Choul, el libro de Andrea Bacci sobre las termas romanas, ilustrado con hermosos grabados, y otros libros que tratan de numismática, de inscripciones, de pesas y medidas, etc.

Como era de esperar es notable la presencia en la biblioteca de la historia eclesiástica, desde los primeros autores que se ocuparon de esta materia como Eusebio de Cesarea, Evagrio el Escolástico, etc., a las obras de Platina, de Cesare Baronio, de Onofrio Panvino, de Antonio Possevino, de Antonio Ciccarelli y otros.

Especial interés muestra por dos cuestiones de gran impacto en aquel momento: las misiones de los jesuitas y el cisma de Inglaterra. En lo que respecta al primer tema reunió obras como la *De procuranda indiorum salute* y la *Historia natural y moral de las Indias*, actualmente desaparecida, del P. José de Acosta; también dos libros de la *Historia de las misiones que han hecho los religiosos de la Compañía de Jesús*, y otro de la *Historia de las misiones de los padres de la Compañía en el Japón*, del P. Luis de Guzmán, la *Relación de la entrada de algunos padres de la Compañía en la China* de Diego de Pantoja, así como un libro italiano con *Algunas cartas de las cosas del Japón*, tal como reza en el inventario, y que era el opúsculo *Alcune lettere delle cose del Giappone dell'anno 1579 insino al 1581*, editado en 1584 por Francesco Zanetti en el Colegio imperial de los Jesuitas de Roma.

En lo que respecta a Inglaterra y la problemática religiosa de este reino, además del valiosísimo manuscrito de Tomás Moro, del que ya hemos habado, procuró para su biblioteca el libelo *De persecutione anglicana*, impreso en Roma en 1582, tres obras de su contemporáneo el jesuita Robert Persons (castellanizado Personio), que fue rector del colegio inglés de Valladolid: la *Relación de algunos martirios que de nuevo han hecho los herejes de Inglaterra*, su *Relación de un sacerdote inglés, escrita a Flandes a un cavallero de su tierra desterrado por ser católico...*, y el opúsculo que escribió bajo el seudónimo de Andreas Philopatrus contra el edicto anticatólico de Isabel I, publicación que se anota en el inventario de

1611 de la biblioteca como: *Adversus Elisabeth Angliae reginam*, y cuyo verdadero título era *Elizabethae Angliae Reginae heresim calvinianam propugnantis, saevissimum in católicos sui Regni edictum [...] promulgatum Londini, 20 novembris 1591*, impreso en Augsburgo el año 1592 (las tres obras no se encuentran actualmente en la biblioteca); la *Historia eclesiástica de la cisma de Inglaterra*, del P. Ribadeneira (también desaparecida), el opúsculo *Ecclesiae anglicanae Trophea sive sanctorum martyrum*, del jesuita inglés William Good; la famosa *Historia particular de la persecución de Inglaterra*, de fray Diego de Yepes, así como la *Historia Ecclesiastica de martyrio Fratrum Ordinis Divi Francisci dictorum de Observantia, qui partim in Anglia sub Henrico octavo Rege, partim in Belgio sub Principe Auriaco, partim et in Hybernia tempore Elizabethæ regnantis Reginæ, idque ab anno 1536 usque ad hunc nostrum præsentem annum 1582, passi sunt*, del franciscano Thomas Bouchier, y otros libros sobre los asuntos religiosos de Inglaterra.

Entre los libros de historia eclesiástica, observamos una abundancia de los de género hagiográfico,¹⁶ pues llegó a reunir más de treinta obras de esta temática. Además del monumental *Prototypon veteris Ecclesiae, continens vitas, gestas, dictaque sanctorum*, que reúne las obras de los primeros autores que escribieron vidas de santos, y de las obras clásicas de Valerio Máximo, Doroteo de Tiro o Pelagio el diácono, tenemos en la biblioteca la medieval *Leyenda aurea* y otras obras del hagiógrafo Jacobo de Varaggio, así como el *Flos sanctorum* de Alonso de Villegas,¹⁷ que desplazó a la *Leyenda*, y que a su vez sería desplazado después entre los lectores de este tipo de literatura por la obra del mismo título del P. Ribadeneira: *Flos sanctorum, o libro de la vida de los santos*, que también adquirió Ribera para su biblioteca. Además, buscó las mejores obras que se producían en el extranjero sobre esta materia, como las *Historiae de vitis sanctorum* de Luigi Lippomano o el *De probatis sanctorum historiis*, del cartujo Laurenz

¹⁶ Ello se debe, en gran parte, a que, en las Constituciones del Colegio el fundador prescribía que durante las comidas y cenas, además de «los libros del Padre Maestro Frai Luis de Granada», se pudiesen leer también «vidas de Santos ó otros libros de devoción». *Constituciones del Colegio y Seminario de Corpus Christi...* (cit.), cap. XXIII, § 5, pág. 42.

¹⁷ Es curioso observar que falta en la biblioteca la tercera parte de esta obra, que tuvo problemas inquisitoriales por contener vidas de santos no canonizados oficialmente.

Surius, que es una edición crítica y ampliada de la anterior de Lippomano. También se procuró la edición de Erasmo del *De vita evangelistarum* de Sofronio de Jerusalén.

Con especial ahínco buscó tener obras sobre la vida de aquellos religiosos, contemporáneos suyos, que habían muerto con fama de santidad y cuya canonización esperaba pronto. Así, adquirió los *Discorsi della vita et attioni di Carlo Borromeo*, de Giovanni Battista Possevino; la *Vita Ignatii Loyolae* y la *Vida del P. Francisco de Borja*, ambas del jesuita Pedro de Ribadeneira; la obra del dominico Luis Martí sobre la *Historia del bienaventurado padre fray Luys Bertrán de la Orden de Predicadores*, así como de Juan de Ávila y del mínimo valenciano Gaspar Bono.

Y como el culto de los santos había sido objeto de muchos abusos y por ello era cuestión debatida con los protestantes, se procuró el libro *De historia sanctorum imaginum et picturarum pro vera earum contra abusum libri IV*, del teólogo lovainense Jan van der Meulen.

OTRAS MATERIAS

Entre las otras materias que hallamos en la librería tiene preponderancia el Derecho, tanto canónico como civil, debido a que, por voluntad paterna, Juan de Ribera comenzó sus estudios en la universidad de Salamanca por las «leyes», es decir los cánones, materia que estudió de 1544 a 1546 o 1547, llegando a adquirir fama de excelente canonista. Durante sus años de estudio compró muchos libros de tema jurídico. En concreto, la biblioteca cuenta con cerca de noventa obras de Derecho Canónico y unas ciento setenta de Derecho Civil. Allí encontramos, entre otros autores, la extensa producción de Antonio Agustín, precursor del estudio histórico de las fuentes del Derecho, y las obras de moral y de derecho de Martín de Azpilcueta, así como la famosa obra de Giovanni Botero, *Della ragon di stato*.

La filosofía también tiene una amplia representación en la biblioteca, superando los ciento cincuenta títulos.

Las humanidades y buenas letras, colocadas bajo el epígrafe «LATINIDAD», llegan a los sesenta títulos, conteniendo desde incunables valiosísimos, como el *Vergilius cum commentariis quinque, videlicet Servi, Landini, Antonii Mancinelli, Donati, Domitii*, impreso en Venecia en septiembre de 1494, al *P[ublii] V[irgili] Maronis omnia opera, cum figuris nuper additis & expositoribus: Servio, Lan-*

dino, Donato, Antonio Mancinello, Domitio, impreso probablemente en Venecia hacia 1505, o las *Comoedias* de Terencio, editadas por Erasmo, que salieron de las prensas de Froben, en Basilea el año 1532. El príncipe de los humanistas está bien representado por más de una treintena de títulos, entre los que destaca la edición de sus obras completas llevada a cabo por el impresor Froben en Basilea, en 1540, aunque en la actualidad faltan tres tomos de los seis que componían la edición, en concreto los tomos segundo, tercero y sexto; además del *Novum Instrumentum*, como ya dijimos al ocuparnos de la Biblia, poseía también Ribera la traducción erasmiana de las obras de Orígenes, Lactancio, san Jerónimo, Euquerio de Lyon y Arnobio africano, la edición florentina de los *Adagia* (1575), el libro de *Apotegmas* traducido por Francisco de Tamara y dedicado al padre del Patriarca, don Perafán de Ribera, y otros.¹⁸ Es importante notar que el Patriarca mantuvo en su biblioteca las obras de Erasmo, a pesar de las censuras inquisitoriales, y que éstas solo se encarnizaron en la expurgación de las obras erasmianas después de la muerte del prelado.

Poseía, además, diversas obras de Juan Luis Vives, algunas de las cuales (como el *De concordia*) se han perdido, así como las gramáticas, historias y diccionarios de Elio Antonio de Nebrija, el difundido manual *De institutione grammaticae* del P. Manuel Álvarez, la *Grammatica* de Pedro Simón Abril, actualmente desaparecida; las obras de Angelo Policiano, los *Apotegmas* y los *Adagia* de Paolo Manucio; las *Historias trágicas ejemplares* de Bandello, la *Retórica* de Jorge de Trebisonda, también la de Nebrija, el *Examen de ingenios* de Juan Huarte de San Juan, las obras de Petrarca, una edición de los poemas de Ausiàs March, actualmente desaparecida,¹⁹ y muchas otras obras de poesía clásica y cristiana. Pero también adquirió la *Christiani pueri institutio*, del padre Juan Bonifacio, representante de la línea pedagógica patrocinada por los jesuitas, que reconvertía al humanista en puro gramático, para evitar los peligros de la heterodoxia.

¹⁸ Sobre el particular, véase la publicación digital de Noemí NAVARRO MARTINEZ, *Erasmo en la biblioteca de san Juan de Ribera del Colegio Seminario de Corpus Christi. Introducción y catálogo*, en la página web de Humanística Cordubensia, de la Universidad de Huelva.

¹⁹ Así constaba en el inventario que se realizó tras su fallecimiento: «Las obras de Auzies March, in 8º».

Alargaríamos demasiado el discurso si nos detuviéramos a considerar detenidamente las obras de geografía, de ciencias naturales, de medicina, de música y otras materias englobadas en la biblioteca bajo la denominación de «MISCELÁNEA». Con todo, algo diremos.

En primer lugar, es interesante constatar la existencia en la biblioteca de Ribera de los tratados de arquitectura de Vitruvio en la edición de Giovanni Battista Caporali (obra actualmente desaparecida), del Vignola, el *Livre d'architecture* de Jacques Androuet de Cerceau el viejo, el *Libro de architettura* de Sebastiano Serlio (actualmente desaparecido), así como las *Instructiones* del arzobispo de Milán Carlos Borromeo para la construcción de iglesias. Sin duda, tales libros fueron adquiridos por el Patriarca en vista a la construcción de su Colegio Seminario de Corpus Christi, y a ellos parece aludir en las Constituciones, cuando, en «lo que toca a la fábrica de los retablos y altares» de su capilla, prohíbe «que lo que está ordenado, según reglas de Arquitectura, se perturbe por arbitrio de quien no las sabe».²⁰

También resulta sorprendente encontrar bastantes obras de medicina, en concreto unas veinte, como las de Jean van Grop y las de Wolfgang Lazius, donde se daban cita conocimientos humanísticos y médicos; la *Humani corporis fabrica* de Andrea Vesalio; la *Historia de la composición del cuerpo humano* del médico Juan Valverde de Amusco; las *In omnia opera Galeni annotationes* de Alfonso López de Corella; la obra del médico barcelonés Bernat Caxanes sobre la circulación de la sangre, y otra del mismo autor sobre la curación de las fiebres, así como la impugnación de la misma por el médico valenciano Francesc Aguilar: *Pro Valentina medicorum schola adversus Bernardum Caxanes barcinonensem medicum de februm putridarum cuaratione liber*, y muchos libros más de materia médica, entre los que destaca una obra actualmente desaparecida: el *Tratado de todas las enfermedades de los riñones, vexiga y carnosidades de la verga y urina*, del mé-

²⁰ *Constituciones de la Capilla del Colegio y Seminario de Corpus Christi*, Valencia 1896, cap. LII, § 1, pág. 99. Sobre el posible influjo de los libros de arquitectura que poseía el Patriarca en la construcción de su Colegio y Capilla de Corpus Christi, véase las páginas 132 y 133 de: Fernando MARIAS, «El Colegio del Patriarca en el contexto de su tiempo», en *Una religiosa urbanidad. San Juan de Ribera y el Colegio del Patriarca en la cultura artística de su tiempo*, Valencia 2013, 127-137.

dico burgalés Francisco Díaz, que es el primer tratado de urología en la historia de la Medicina.²¹ Entre estos libros encontramos la chocante disertación del presbítero valenciano Gaspar Tristany — doctor en cánones y en medicina, que fue confesor y médico del monasterio de Montserrat—, *De clerico medico*, impresa en Valencia el año 1606, en las prensas de Pedro Patricio Mey, en la que intentaba mostrar que un médico ordenado presbítero (como era su caso) podía ejercer lícitamente la medicina.²²

En el campo de las ciencias naturales tenemos bastantes obras: la curiosa *Phytognomonica* del naturalista napolitano Giovanni Battista della Porta, que estudia las propiedades de los vegetales relacionándolos con su morfología; las *Historiae animalium* de Konrad Gesner, las *Aquatilium animalium historiae* de Hipólito Salviani, las obras *De piscibus marinis* y *Universum aquatilium historiae* de Guillaume Rondelet, la *Ornitología* de Ulises Aldrovandini, el *De re metallica* de Georg Agrícola, y otras. También poseía obras de astrología y astronomía, como la *Apología en defensa de la astrología* de Manuel de Ledesma, el *De diffinitionibus et terminis astrologiae* de Otto Brunfels, los *Apotelesmata astrologiae christianae* de Pedro Ciruelo, el *De cometis* de Francisco Fernández de Raxo, y otras hasta un total de quince.

²¹ En el inventario de enero de 1611 la obra se catalogó de la siguiente manera: «El doctor Valle, *De las enfermedades de los riñones*». El equívoco en la atribución de la obra se debe a que en la edición de Madrid de 1588, que es la que poseía el Patriarca, el nombre de Francisco Díaz se perdía entre la prolijidad del título, mientras que el de su paisano Francisco Vallés de Covarrubias, al que iba dirigido el tratado, se destacaba con letras más grandes: «DIRIGIDO AL DOTOR VALLE, Protomédico del Rey nuestro señor y médico de su Cámara, &».

²² Gaspar Tristany (castellanizado Tristán) nació en Valencia, donde estudió teología, cánones y medicina. Ordenado sacerdote en 1606, en 1617 era «beneficiat y síndich del Retor y Clero» de la iglesia parroquial de San Esteban de Valencia, según consta en el documento «Copia de la visita hecha en la iglesia parroquial de S. Estevan de la ciudad de Valencia en 20 de febrero año 1617, siendo Comisario y Juez Visitador el magnífico Don Francisco Pascual», publicado en Vicente BRANCHAT, *Tratado de los derechos y regalías que corresponden al Real Patrimonio en el Reyno de Valencia...*, Valencia 1785, 554-562, doc. LXIII. Posteriormente fue confesor y médico del monasterio de Nuestra Señora de Montserrat, en el Principado de Cataluña, donde murió en fecha incierta, según refiere la *Biografía Eclesiástica completa*, editada bajo la dirección de Basilio Sebastián Castellanos de Losada, en Madrid el año 1868, t. XXIX, 428. El título completo de su obra era: *De clerico medico curiosa disceptatio sive interpretatio ad text. in c. 7 ad aures. De aetate et qualitate, in qua demonstratur doctorem medicum in sanis et presbyteratus ordinibus promotum, pone jure communi attento, medicum artem exercere*.

Por lo que respecta a la geografía encontramos más de una docena de libros, desde las clásicas obras de Tolomeo hasta el *The-saurus geographicus* del geógrafo flamenco Abraham Ortelius; el *De rebus oceanicis et orbe novo* de Pedro Mártir de Anglería; los *Rudimentos de cosmografía* de Johannes Honter. También le interesaban los libros de viajes y conquistas, por lo que adquirió la narración de los llevados a cabo por Hernán Cortés, amén de *Le navigatoni et viaggi fatti nella Turchia* de Nicolás Nicolay; la *Conquista de las Molucas*, de Bartolomé Leonardo de Argensola, y otras obras. A ellos cabe añadir algún que otro libro de agricultura, el *De re militari* de Flavio Vegetio, y el *De arte gymnastica* de Girolamo Mercuriali.

También tenemos en la biblioteca cinco libros de matemáticas, entre los cuales destacan los tratados de matemáticas y de aritmética especulativa de Juan Pérez de Moya. Y no faltaban los libros de música, con cinco tomos de los motetes de Palestrina; otros cuatro tomos de los motetes de Tomás Luis de Vitoria; tres de Francisco Guerrero con sus misas, motetes y canciones espirituales; el primer tomo de los motetes de Dominique Finot, y otros libros de canto litúrgico renovado según las indicaciones tridentinas. Podríamos continuar reseñando más libros, pero baste lo dicho.

La amplitud y variedad de la biblioteca del Patriarca muestra bien a las claras la extensión y la profundidad de su cultura. Ahora bien, debemos notar que todas estas obras no habían sido adquiridas por Ribera ni dejadas por él en herencia a la librería de su Colegio de Corpus Christi por mero afán de erudición o curiosidad. Como hombre de la Contrarreforma, aunque imbuido de espíritu humanista, para Ribera todos estos libros eran, por una parte, herramientas necesarias a la teología, verdaderos lugares teológicos, y por otra instrumentos útiles al ministro de la Iglesia en su tarea pastoral, pues en ese momento crítico que le tocó vivir la historia, la arqueología, la filología, la filosofía, el conocimiento de los clásicos grecolatinos y cuanto aportase un mejor conocimiento del mundo y la cultura a todos los niveles, era útil para facilitar argumentos a favor de la antigüedad y la ortodoxia de la fe católica y mostrar así su admirable conjunción con la razón natural y con las más valiosas producciones del ingenio humano en todos los campos del saber. Tantos y tantos libros no solo pro-

piamente teológicos, sino de diversas y curiosas materias como se contienen en la biblioteca del señor Patriarca son el reflejo de su espíritu humanista, interesado por todas las parcelas del saber, pero con la finalidad de llegar a un conocimiento más perfecto de Dios y de su obra y servir mejor a la fe en su no fácil diálogo con una cultura que ya comenzaba a secularizarse.

NAVARRO SORNÍ, Miguel, «La cultura del Patriarca Juan de Ribera a través de su biblioteca», *SPhV* 15 (2013), pp. 215-238.

RESUMEN

San Juan de Ribera (1532-1611) es uno de los personajes más complejos del Barroco español. Espíritu humanista, interesado por todas las parcelas del saber, en especial por los estudios bíblicos, desarrolló un intenso mecenazgo artístico. Como obispo impulsó la reforma eclesial del concilio de Trento, fue profundamente espiritual, al tiempo que político, pues llegó a ser virrey y capitán general de Valencia.

El estudio de su faceta cultural ha quedado siempre en la sombra, postergado ante otros aspectos de su personalidad, aunque fue un hombre de una amplia y selecta cultura, como se percibe en su biblioteca, donde reunió casi dos mil libros. Desde ella nos aproximamos al estudio de la cultura del Patriarca Juan de Ribera, considerando la formación de la biblioteca y el variado contenido de la misma.

PALABRAS CLAVE: Historia cultural siglo XVI Bibliotecas y libros siglo XVI

ABSTRACT

San Juan de Ribera (1532-1611) is one of the most complex personalities of the Spanish Baroque. He has a humanist Spirit and was interested on all fields of knowledge, especially on biblical studies. He also developed an intense artistic patronage. As a bishop he prompted the ecclesial reform following the provisions

of the Council of Trent. He was deeply spiritual, but also a political man becoming viceroy and captain general of Valencia.

The study of his cultural facet has always remained in the shadows, deferred to other aspects of his personality. But he was a man of wide and select culture, as perceived in his library, where he gathered nearly two thousand books. From here we approach the study of the culture of the Patriarch Juan de Ribera, considering the formation of his library and the its varied content.

KEYWORDS: 16th Century Culture History, Libraries and Books in the 16th Century